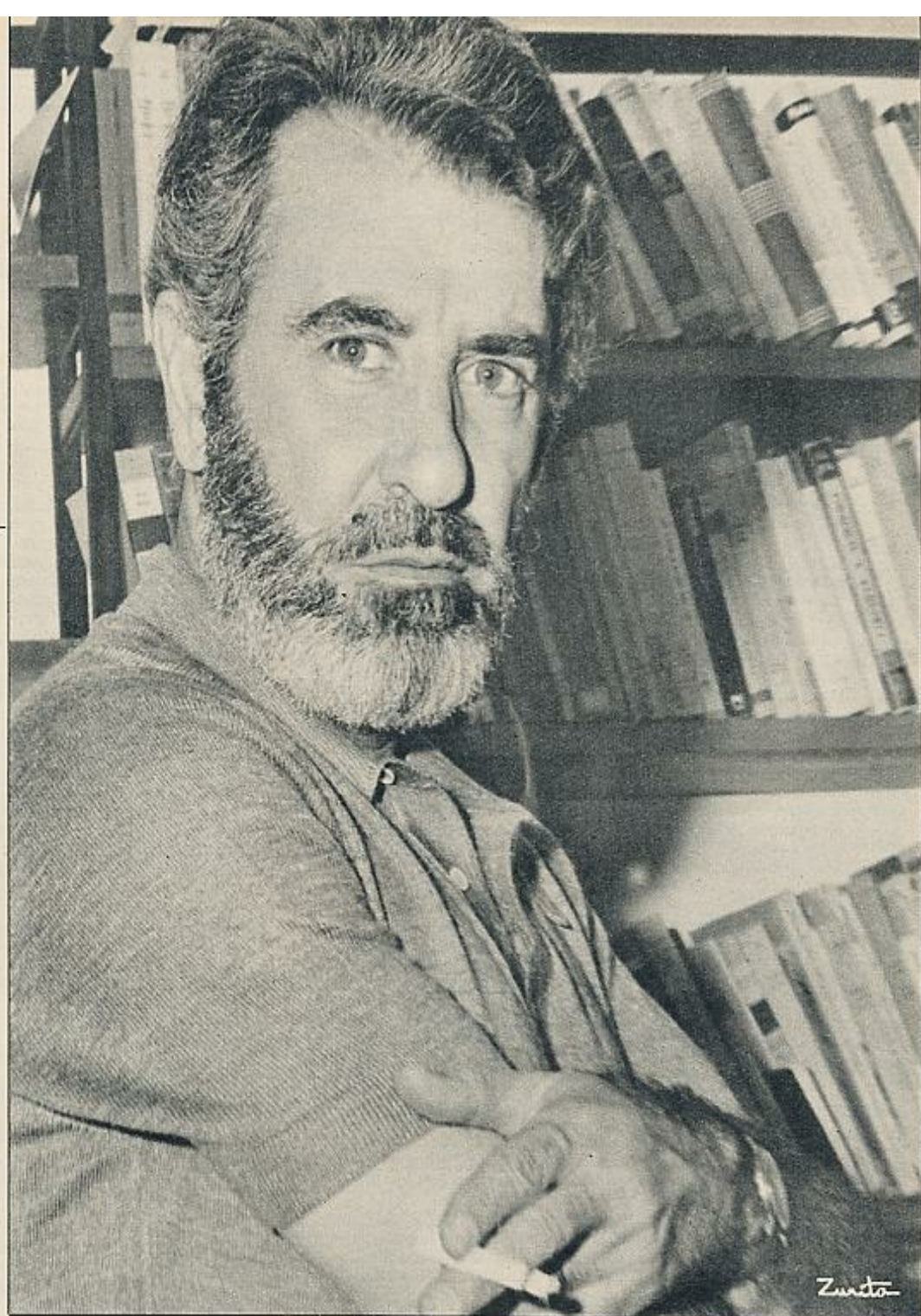


CASTILLA DEL PINO

Mutilación de la mujer

—Es evidente que la orientación que, a través de los medios de comunicación (publicidad, radio, prensa "femenina" y prensa en general), los organismos oficiales, la enseñanza, etcétera, se quiere dar a la mujer española es una orientación muy específica, basada esencialmente en sus dos facetas de esposa y madre, que vendrían a ser una síntesis de las virtudes tradicionales de la mujer, una especie de símbolo de la femineidad. ¿Qué piensas de este tipo de orientación?

—El hombre es, ante todo, persona; es decir, un yo poseedor de funciones sociales muy dispares. Naturalmente, me refiero aquí al hombre como especie, es decir, tanto a la mujer como al varón. En lo que concierne a la mujer, el reducirla a dos de estas funciones o roles, el de madre y esposa, con ser éstos muy importantes, entraña una mutilación fundamental que ha de pagarse a un precio enormemente caro y que tiene, a su vez, dos vertientes: una, individual, como castración neta de las posibles realizaciones de esa persona; la otra, social, como amputación que la misma sociedad se impone, con miras a la perpetuación de sus instituciones básicas, de más de la mitad de sus miembros en condiciones de ejercer activamente cualesquiera funciones de carácter intrínsecamente social. Pero esto tiene, como es natural, sus consecuencias lógicas: es «curioso» que los psiquiatras hayamos sido tan miopes en la interpretación de un hecho tan reiterado como el de la mayor frecuencia con que las enfermedades psíquicas, en sentido amplio (neurosis y psicosis), se presentan en la mujer respecto del varón. Creo que hoy estamos en condiciones de dar una interpretación



Por
**NATALIA
CALAMAY**

A los doce años, en el pueblo gaditano de San Roque, Carlos Castilla del Pino realizaba sus primeros experimentos de biología en los insectos que encontraba por el campo. A los catorce, ayudaba al médico del pueblo a socorrer a las víctimas de la guerra civil. Hoy, a los cuarenta y siete, en España se le conoce como una de las figuras más destacadas del país en el campo de la psiquiatría y de la investigación filosófica, autor de un gran número de ensayos, publicados en su mayoría en colecciones de bolsillo y reeditados numerosas veces. Profundamente consciente de su papel de intelectual y de ciudadano, en conferencias, coloquios, incluso ante un tribunal de oposiciones, ha denunciado abiertamente y valientemente las lacras que padece nuestra sociedad, sugiriendo caminos nuevos que abran para nuestro país unos horizontes más amplios, dentro de los cuales la persona, como ser social e individual, podrá alcanzar su plena realización humana. Su breve ensayo sobre «La alienación de la mujer», fruto de una conferencia pronunciada en la Universidad de Sevilla, demuestra sus conocimientos de la problemática que afecta a la mujer, concretamente a la española: ser doblemente alienada, por su situación de víctima respecto al hombre, en una sociedad ya de por sí alienada.

LA MUJER ESPANOLA, HOY

de esta diferencia, que no puede basarse, en modo alguno, en características biológicas. Se trata de que la mayor parte de las mujeres, dada nuestra condición social, ha de experimentar, en algún momento de su vida, una crisis de frustración, un fracaso, precisamente en ese papel único en el cual se ha proyectado toda su función psicosocial desde su nacimiento, y que es precisamente el de madre y esposa. Esta doble frustración es la que depara la frecuencia con que se presentan, por ejemplo, las depresiones del climaterio, cuando la mujer ya no puede desempeñar ni uno ni otro papel y, por tanto, queda en un total vacío. Se puede decir que, literalmente, no tiene nada que hacer, porque no sabe qué hacer.

Empobrecimiento del papel de «persona»

—Antes de pasar a otro punto, ¿podrías explicar de qué forma la mujer española en general, precisamente aquella imbuida de la mística de la maternidad y de la femineidad, en realidad fracasa en ambas funciones?

—En primer lugar, habría que llamar la atención sobre el hecho de que las funciones de madre y esposa son lo suficientemente complejas como para que su verificación correcta exija mucho más que el mero aprendizaje de esas actitudes que se consideran específicas. Cuando no se poseen más que éstas, la mujer misma se experimenta insegura, por cuanto alguna vez se siente desbordada por los requerimientos que, por ejemplo, sus hijos le suscitan. De esta forma, una mujer que es sólo madre, en el sentido tradicional del término, ha de probar en sí misma el desvalimiento y la inseguridad que ello le ha de reportar. Ahora bien, esto tiene consecuencias incluso en la formación de los hijos mismos. Está demostra-

do que existe una relativa especificidad en la estructura psicológica de las madres de pacientes esquizofrénicos. En última instancia, se trata de que estas madres —tanto en el caso de las madres neurotizantes, cuanto en el de las esquizofrenógenas— no han sabido aportar seguridad en el hijo. Y esto es, creo yo, debido sustancialmente al hecho de que ellas mismas no son seguras, y no lo son porque, como he dicho antes, el papel de «persona» en el sentido social, incluso en el de su propia autonomía psicológica, de su propia capacidad para autoabastecerse en sus disponibilidades estéticas e intelectuales, se encuentra total o casi totalmente empobrecido. La derivación lógica de esta situación es que en la relación interpersonal, bien sea con el hijo bien con el marido, se muestran inseguras, como personalidades fuertemente tensas, ansiógenas... También como esposa, en la mayor parte de los casos, la mujer alcanza una profunda frustración. Tras mantener un noviazgo especialmente intenso, en virtud de la fuerte erotización suscitada por la represión que en ambos miembros de la pareja existe, cuando esta represión cesa, una vez que la pareja se institucionaliza en el matrimonio, y una vez que se ha cumplido su inmediato papel erótico, de objeto en el que se satisfacen fundamentales necesidades del varón, la mujer tiene entonces ocasión de comprobar, más o menos oscuramente, que no existe otro canal de comunicación entre el hombre y ella. Esto es algo que tengo ocasión de comprobar todos los días, en mujeres de todas las clases, si, por supuesto, se les interroga sobre ello: «Yo no le sirvo a mi marido nada más que para...».

—¿Cómo reacciona el hombre ante esta situación?

—Por parte del varón, la situación es, si cabe, más compleja. Aparentemente podría pensarse que la mayor parte de los hom-

bres experimentan asimismo una frustración una vez que comprueban el carácter enormemente limitado de las posibilidades de su mujer en orden a la comunicación; es decir, cuando detectan que ella es inútil en cualquiera otra cosa que no sea la mera relación erótica mecanizada o el cuidado del «hogar». Sin embargo, como todo opresor, y el hombre es opresor respecto de la mujer, es igualmente inseguro frente al sujeto que oprime; necesita, entonces, mantener a la mujer en su opresión. Quiero decir que el hombre adopta, frente a esta frustración de sí mismo respecto de la mujer, una actitud ambivalente: porque si bien, como he dicho, le frustra en alguna medida, por otra parte prefiere a la mujer así, como sujeto que en cualquier momento es incapaz de provocarle angustia ante su inseguridad. Las propias instituciones amparan este estado de cosas y suscitan el que la docilidad de la mujer se perpetúe la mayor parte de las veces.

—Llegamos a la conclusión de que la mujer, no sólo para realizarse como persona en el sentido integral de la palabra, sino incluso para llegar a ser una buena esposa y una buena madre, debe participar activamente ella misma en la vida, en la sociedad. Creo que, en este sentido, el trabajo es fundamental.

Un trabajo creador, no alienante

—Desde luego, el trabajo es esencial respecto de la realización personal, cualquiera que sea esta persona, varón o hembra. El hombre es realmente aquello que hace y se hace en aquello que trabaja. Aspiramos, como es obvio, a que el trabajo del hombre no sea alienante, sino creador, cualquiera que sea el sentido que a esta palabra se le dé en este momento. De hecho, en nuestra sociedad, y para una inmensa ma-

yoría de los hombres, esto no es posible; de forma que el trabajo se convierte, en verdad, en una forma de alienación, y depara, a la larga, una profunda alteración personal. Ahora bien, en la mujer esto se da con mucha mayor intensidad. La mujer española que se incorpora al trabajo lo hace, casi en su totalidad, impulsada por unas motivaciones exclusivamente económicas; su trabajo suele tener un carácter meramente pasivo, de servicio, hasta el punto de que aproximadamente el treinta y tres por ciento de las mujeres están empleadas en el servicio doméstico, actividad que en los países desarrollados tiende a desaparecer, cuando no ha desaparecido del todo... Pero quiero señalar las múltiples contradicciones que acaecen en el trabajo femenino. La mujer no puede incorporarse al trabajo de modo pleno, aun en el supuesto de que el que se le pudiera ofrecer fuera un trabajo identificado, en el orden de la cuantía y cualidad de la alineación que éste conlleve, al trabajo del hombre, si no tiene posibilidades de subvenir a las necesidades de seguridad respecto de sus hijos; es decir, si no existen guarderías infantiles que se ocupen no sólo de la retención de sus hijos, sino también de su higiene, de la profilaxis de sus distintas enfermedades, de su enseñanza, etcétera. Voy a señalar algunas de las contradicciones existentes en nuestro país: en España existen poco más de veinte mil plazas para niños en guarderías, mientras que el Primer Plan de Desarrollo calculaba que deberían existir cuatrocientas cincuenta mil. Esto muestra claramente cómo, por una parte, nuestra sociedad reconoce que para las necesidades de nuestra economía la mujer ha de dejar de ser la que tradicionalmente ha sido, para venir a ser la persona activa que cumpla la función social que todo trabajo entraña. Pero, al mismo tiempo, no es

Esto es un traje

Boyman



Con todos los detalles
de la actual Moda Masculina:
Dos botones en la americana.
Solapas anchas, la propia americana
larga y ajustada
a la exacta medida
y el pantalón con vueltas.



ESTOS SON LOS ESTABLECIMIENTOS DONDE PODRA USTED ESCOGER SU TRAJE FIRMADO

Boyman



ALBACETE: El Precio Fijo - Mayor, 22 — ALICANTE: Waron's, S. A. López Torregrosa, 5 — ALICANTE PROV.: ELCHE - Waron's, S. A. - Mariano Antón, 3 — ASTURIAS PROV.: OVIEDO - Botas
Uría, 24 y 26 — GIJÓN: Botas - Moros, 47 — BARCELONA: Maxcall - Rambla Caneletas, 138 - Maxcall - Avda. de Roma, 155 - Maxcall - Santis, 39 — BARCELONA PROV.: BADALONA - Maxcall - Mar, 14
CALELLA: Pladers - General Mola, 101 — GRANOLLERS: Francisco Escarmis - Anselmo Clavé, 75 — MANRESA: Industrias y Almacenes Jorba - Juan Jorba, 34 — MARTORELL: Jaime Marcobal -
Anselmo Clavé, 1 — MATARÓ: Almacenes San Jorge - Rambla Generalísimo, 68 — SAN BAUDILIO: Eduardo Santandreu - Rambla Caudillo, 8 — SAN FELIU LLOBREGAT: Juan Requena - Avda. Cau-
dillo, 190 — SANTA COLOMA GRAMANET: Luis Molero - Jacinto Verdagué, 165 — TARRASA: Manuel Cañameras - Quomadas, 28 — VILAFRANCA PANADES: Eudaldo Besolí - Avda. José Antonio, 4
CACERES: Crescencio Pérez - General Franco, 12 — CADIZ PROV.: JEREZ DE LA FRONTERA: Casa Enriquez - Doña Blanca, 25 — PUERTO SANTA MARIA: Casa Enriquez - Larga, 102 — CIUDAD REAL
PROV.: ALCAZAR DE SAN JUAN - Jesús Cano Cano - General Alcañiz, 6 — MAMZANARES: Rafael Noblejas - General Mola, 3 — CORDOBA: Almacenes Antonio Molina - Cruz Conde, 6 - Almacenes An-
tonio Molina - García Lovera, 4 — CORDOBA PROV.: LUCENA - Jerónimo López - Plaza Generalísimo, 20 — CUENCA: Galerías Cuenca - Avda. José Antonio, 31 — GERONA: Maxcall - Santa Clara, 6
GERONA PROV.: CAMPRODON - Miguel Vila - Ferrer Barbard, 6 — FIGUERAS: Sastrería Font - Plaza Generalísimo, 5 — OLOT: P. Pulgafferrer y M. Vila - Ferrerons, 9 — GRANADA: Olmedo, S. A. - Angel
Ganivet, 3 — GRANADA PROV.: MOTRIL - Almacenes Carrasco - Plaza Canalejas, 1 — HUELVA: Gicos - General Mola, 8 — JAEN PROV.: ANDUJAR - Balaso, S.R.C. - San Francisco, 6 — LINARES:
Confecciones Polaina - Avda. José Antonio, 43 — UBEDA: Tejidos "El Métrico - Trinidad, 5 y 7 — LA CORUÑA: Federico Nogueira, S. L. - San Andrés, 89 — LAS PALMAS DE GRAN CANARIA: Cuadra-
do Insular, S. L. - Triana, 70 — LERIDA: Enrique Baraldes - Mayor, 11 — LERIDA PROV.: BALAGUER - Ramón Pujadas - Abajo, 11 — MADRID: Amilesa - Bravo Murillo, 194 - Maxcall - Bravo Muri-
llo, 152 - Maxcall - Conde Peñalver, 5 - Maxcall - Puerta del Sol, 3 — MALAGA: Rodríguez Hermanos - Calderería, 7 — MALAGA PROV.: ANTEQUERA - Sastrería Gómez - Comedias, 14 — MURCIA:
Antonio Medina - Platería, 64 — MURCIA PROV.: CARTAGENA - José Velasco "Jovelca" - Puerta de Murcia, 18 — ORENSE: Adolfo Domínguez - Avda. La Habana, 60 — PAMPLONA: Comercial Cua-
drado - Carlos III, 6 — PALMA DE MALLORCA: Establecimientos B. Mercadal - Tous y Maroto, 1 — SANTANDER: Manuel Lainz, S. A. - Hernán Cortés, 9 — SANTA CRUZ DE TENERIFE: Jerónimo
Peceño - Pilar, 5 — SEVILLA: Galerías San Sebastián - Ríoja, 10 — TARRAGONA: José M.ª Piana "LANDOR" - Hermanos Landa, 12 — TARRAGONA PROV.: REUS - Manufacturas Guerrero - Monte-
rols, 18 — TOLEDO: Confecciones Navarro - Comercio, 7 — VALENCIA: Waron's, S. A. - Moratín, 1 y 3 — VALENCIA PROV.: JATIVA - Waron's, S. A. - República Argentina — VALLADOLID: Maxcall -
Duque de la Victoria, 15 — ZARAGOZA: Maxcall - Requeté Aragonés, 6

LA MUJER ESPAÑOLA, HOY

capaz de dar satisfacción a estas necesidades, de forma que las escasas mujeres que se incorporan al trabajo en general, se ven obligadas a la adopción de una forma de vida que las esclaviza aún más. El trabajo así verificado como actividad sonámbula, merced a instancias económicas imperiosas, en condiciones psicológicas realmente disociativas, se lleva a cabo con un trasfondo de angustia, de inseguridad frente a lo que a sus hijos pueda ocurrirles.

Profesión y hogar

—El trabajo en la mujer profesional merece, creo, un tratamiento particular, porque demuestra hasta qué punto estos papeles de la femineidad a que antes hacíamos referencia están empotrados en ella hasta constituir lo que podríamos denominar una "segunda naturaleza".

—Es cierto que el número de mujeres que acude a la Universidad va en aumento. Pero lo que habría que detectar, para no llamarnos a engaño de manera optimista, es hasta qué punto, en relación al hombre, estas mujeres que se incorporan a la Universidad toman en serio su papel de personas que han de adiestrarse en el ejercicio de la función social que su profesión habría de repararles. Esto se ve claro cuando la joven licenciada llega al matrimonio. En la mayoría de los casos abandona, si alguna vez la tuvo, su actividad profesional, y cuando se decide a seguir en ella, de nuevo se plantea el tipo de relación opresora del hombre respecto de la mujer. En la mayoría de los matrimonios de profesionales, el hombre no participa en las tareas de la casa y cuidado de los hijos; a la vuelta de su trabajo, sigue desempeñando la función pasiva que tradicionalmente se le confiere al hombre en el seno del hogar. La mujer se convierte, entonces, en un sujeto que realiza funciones netamente inferiores, que psicológicamente la destruyen y que físicamente suponen una notable sobrecarga. No parece lógico suponer que estas funciones no deban ser desempeñadas, pero no hay fundamento biopsicológico alguno para suponer que conciernen en exclusividad a la mujer y no a cualquier habitante del propio hogar... Por otra parte, quisiera añadir que,

respecto de la actividad profesional propiamente dicha, la mujer camina siempre en situación de inferioridad respecto del varón. Todo conspira, en una sociedad en la que los niveles de competencia son cada vez más altos, a situar a la mujer en un punto de partida muy por debajo del del hombre mismo. En orden al prestigio inicial, en orden a los logros obtenibles, el hombre es siempre profesionalmente preferido y, por tanto, su punto de partida es socialmente privilegiado respecto

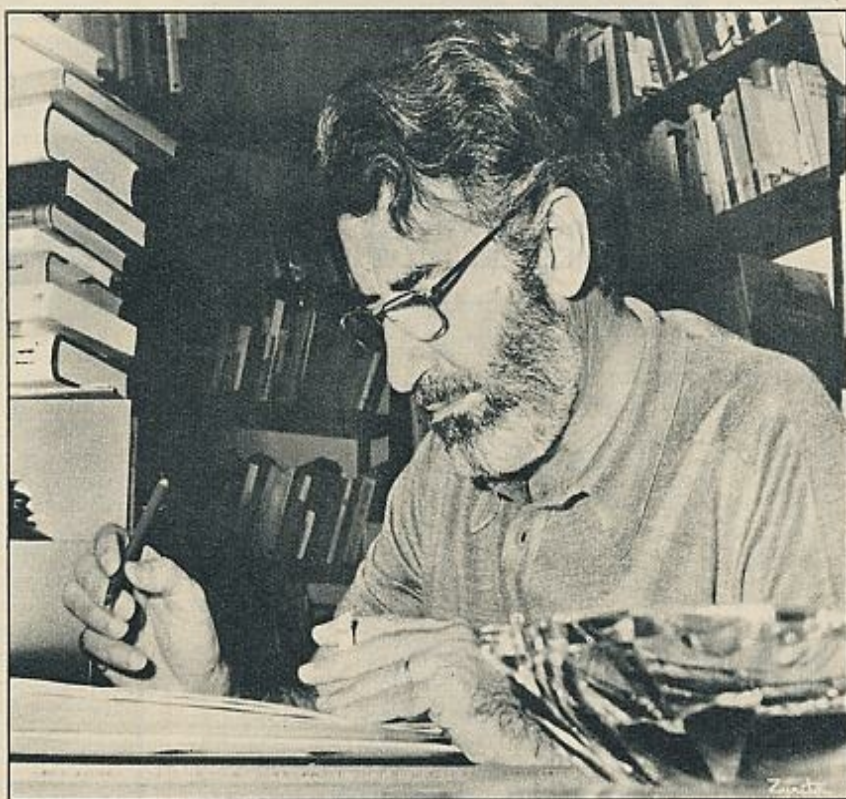
yectivos en solteras maduras, que tiene mucho interés, según pienso. Se tiende a creer, dado el «carácter pasivo» de la mujer, que la mayor parte de las solteras lo son por no haber sido elegidas. Pero esto es un error en la gran mayoría de los casos, según he podido comprobar. En el fondo, son ellas, valga la expresión, «electoras», cuando menos respecto del rechazo subrepticio del varón. Esta actitud viene provocada «desde fuera» de ellas mismas, porque toda su formación

Control de la natalidad

—¿Cómo enfocas el problema del control de la natalidad?

—Es completamente necesaria una formación sexual en el sentido más racional posible, tanto de la mujer cuanto del hombre. El hombre, y con mayor motivo del varón español, está lejos de poseer la formación sexual que a sí mismo se atribuye, y que todos sabemos de qué forma tan farisaica y degradada ha adquirido... Pero en lo que concierne al

El reducir a la mujer a las dos funciones de madre y esposa, con ser éstos muy importantes, entraña una mutilación fundamental que ha de pagarse a un precio enormemente caro.



del de la mujer. De ello saben las universitarias mucho más que yo y, por supuesto, más vivamente.

—Volviendo al tema que hemos tratado antes, es decir, al enfoque que se da a la mujer como madre y esposa, ¿qué puedes decir acerca de la mujer soltera?

—Como a la mujer casada no se la valora por sí misma, sino en cuanto que «esposa de...», la mujer soltera es, ante todo, depreciada ante la sociedad. Pero yo quisiera aportarte algo de mi propia experiencia como profesional, tras la utilización de «tests» pro-

inicial (moral, intelectual, personal en el sentido más amplio de la palabra) va encaminada, para la mejor modulación de los papeles de madre y esposa ideales, hacia un rechazo del sexo. Tales mujeres, si asumen este complejo inicial como parte integrante de su persona profunda, sienten temor ante el hombre en cuanto ser opuestamente sexuado, que las lleva a poner en juego actitudes más o menos encubiertas de huida o de hostilidad, en virtud de las cuales el hombre percibe que la comunicación con este tipo de mujer es inviable.

control de la natalidad, sostengo que éste es un capítulo importantísimo de esta formación sexual. Me parece imprescindible el uso libre de anovulatorios y la información de la mujer en este sentido. Todo esto, te repito, lo estimo de una gran importancia. La única posibilidad de equiparación del hombre y la mujer, en el desempeño de un trabajo creador y de su realización como persona, es a costa de que ambos posean identidad en la autonomía biológica, psicológica y socioeconómica. Pues bien, la socioeconómica la puede conseguir la mujer



Nenuco



PRODUCTOS NENUCO,
EL PRIMER PLACER DEL RECIEN NACIDO

MALCOLM HANCOCK



con su trabajo; la biológica y psicológica, mediante el control de la natalidad. La decisión respecto de tener o no tener hijos, respecto del número de hijos y del momento de aparición de los mismos, ha de ser decisión tomada de consuno por la pareja.

—A escala mundial, la sociedad se plantea la frigidez como problema cada vez más acuciante. ¿Cómo ves esta cuestión en relación con la mujer española?

—El número de mujeres que adolecen de frigidez en nuestro país, aunque parece que tiende a disminuir, sigue siendo de cuantía extraordinaria. Se consulta cada vez más en este respecto. Y a medida que estudiamos detenidamente este hecho, vivido hasta ahora como cotidiano y, por tanto, como no susceptible de tratamiento, percibimos claramente los momentos sociogénicos de la frigidez. La frigidez de la mujer procede en última instancia de un sentimiento de culpa ante el acto sexual consumado. La frigidez, como la inapetencia alimenticia, es expresión del rechazo subconsciente del objeto. La mujer ha sido «formada» de manera tal que su super-yo se hipertrofia en orden de la inhibición sexual, no en otro respecto. Estas normas, insufladas precozmente e internalizadas luego sin conciencia de la fuente de su procedencia, se viven como connaturales, y como connatural el rechazo o la pasividad eróticas. No se puede olvidar que la represión de las instancias sexuales es mucho mayor en la mujer que en el hombre, aunque existe también en éste, y se da para ambos con vistas a la docilidad de cualquier miembro frente al sistema que las imparte. La necesidad sexual es especialmente adecuada para que la represión de ella involucre, con posterioridad, la de las demás instancias, que poseen carácter menos perentorio. Para mí, éste es el sentido que posee el que la represión sexual se imponga. Porque hay dos necesidades vitales, la nutrición y la erótica. Pero mientras la primera, de ser reprimida, conllevaría el perecimiento individual y, por lo tanto, la desaparición de la especie, la necesidad erótica puede ser reprimida, incluso a perpetuidad, sin que el sujeto perezca. Ahora bien, una vez que el sujeto asume la represión sexual y todo lo que

ella lleva consigo, acepta el sistema en cuanto tal, y la docilidad y sumisión del sujeto está conseguida para siempre...

La frigidez, precio de la represión

—¿Cómo suele reaccionar el varón español ante la frigidez de la mujer?

—La situación va muy lentamente cambiando en las nuevas generaciones. En general, nada se hace para subsanarla, fuera del ámbito de determinados microgrupos. En el fondo, el varón español vive la frigidez de la mujer como encarnación de la máxima pureza; al propio tiempo, esta situación le resulta cómoda, puesto que si realmente lo que se pretende con la represión sexual es la docilidad a todos los niveles, es obvio que una represión tan profunda como la que la frigidez encarna, significa la seguridad para el varón de que «su» mujer ha de seguirle estando sometida. La frigidez de la mujer es el precio que tardamente se ha de pagar ante una represión irracionalmente constituida con anterioridad. Y es perfectamente compatible, aunque en sí revele una contradicción más de nuestras normas sociales, con la inducción, al mismo tiempo, de un aprendizaje respecto de la mujer como objeto erótico. La mayor parte de las mujeres frígidas poseen, simultáneamente, las formas de un objeto erótico aparental y atrayente, que entrañan un señuelo efficacísimo para el varón.

—¿No piensas que el hecho de que se lleve al ánimo, a la conciencia de la mujer el que su condición realmente alienada es de carácter social puede ser, en realidad, un perjuicio, cuando estas condiciones sociales no pueden ser superadas a nivel individual?

—Es efectivamente cierto —y de ello he tenido abundantes pruebas en el propio ejercicio profesional— que una mera toma de conciencia puede deparar de alguna manera un perjuicio. Una toma de conciencia no ha de llevar, por sí, una praxis reparadora, tanto más cuanto que de aquello de que se es consciente es un problema de índole primariamente sociogénica. Es evidente, entonces, que a nivel perso-

LA MUJER ESPAÑOLA, HOY

nal, y hoy día, muchos mujeres, ya de modo tardío para ellas, adquieren lucidez respecto de su problemática... Como médico, que he de ocuparme del «caso» aislado, situaciones de este tipo me deparan muchas veces una gran desazón y perplejidad. Como hombre, no obstante, por tanto como sujeto con mi propia dimensionalidad política, que a través de mi profesión he podido, a mi vez, concienciar el carácter político en sentido amplio de muchos de los problemas que consideraba antes netamente psicológicos, no tengo reparo alguno en seguir denunciando estas situaciones, independientemente de que a unas les depare una resignación entristecedora; a otras, una desesperación en el sentido coloquial del vocablo. En cualquier caso, cabe la posibilidad de dirigir la praxis de esta mujer, que tardíamente alcanza un correcto nivel de conciencia, hacia funciones tales como la formación misma de sus hijos, por ejemplo. Por otra parte, el perjuicio personal a que hago referencia, inherente a esta concienciación, no puede ser freno en modo alguno. Al fin y al cabo, en esta sociedad todos experimentamos alguna suerte de frustración, cuando no una frustración total, y es históricamente insoluble. Pues bien, aquellos que somos conscientes de nuestra frustración tenemos el deber de suplantar nuestra posible desesperación-resignación por otra forma de operatividad, a saber: utilizarnos nosotros mismos como conciencia de fracaso, para trascender del problema netamente personal y denunciarlo como problema general suscitado por el sistema. Hacer contra el sistema es una forma de hacer por nosotros mismos y, desde luego, por los que nos rodean, aunque no lleve consigo, en el decurso de nuestra propia vida, la solución de los problemas denunciados.

La doble dimensión de la mujer

—¿Cuál consideras que debe ser la reivindicación fundamental de la mujer?

—Según pienso, ha de tener, cuando menos, una bidimensionalidad. Por una parte, en tanto que ser social; por otra, en tanto que mujer propiamente dicha. Es ne-

cesario, por lo que a la primera concierne, que la mujer viva su papel como persona antes incluso que el de mujer; en este sentido, es decir, como persona, es persona social, porque no hay otra forma de ser persona. Sus reivindicaciones, en consecuencia, son, en este tipo de cosas, idénticas a las del varón. Pero la mujer tiene que librar su lucha concreta en cuanto que mujer, es decir, como grupo social determinado, marginado como tantos otros. Precisamente, al luchar para que se le reconozcan sus derechos como ser social, debe ante todo alzarse contra esa «mística» de la femineidad que la relega a ocupar en la sociedad un papel secundario y estupidizante... El hecho de que haya situado en un primer momento el carácter personal y posteriormente su reivindicación como mujer no quiere decir que piense que este último sólo pueda suscitarse una vez que el primero haya sido resuelto. Ambos momentos son inseparables y la lucha puede ofrecerse en estos dos frentes simultáneamente. El problema se plantea análogamente al de otros sectores sociales. La clase obrera, por ejemplo, aspira por sus propias reivindicaciones; asimismo, los profesionales de otro tipo luchan por la obtención de organizaciones que realmente les representen en el planteamiento de sus necesidades concretas. De igual forma, la mujer tiene su propio frente de lucha, al lado de muchos otros, como obreros y profesionales, que le pertenece como ciudadana. Al intentar dar cumplido fin a esa aspiración de que antes hablábamos, una función social que debe realizar es reivindicación como mujer concreta. No se trata de un feminismo, en el sentido históricamente aceptado del término (que, por otra parte, en su momento, desempeñó un papel indudablemente positivo, pese a sus históricas limitaciones en el planteamiento), sino de que la mujer intente institucionalizar en organizaciones concretas sus problemas particulares como grupo social. De esta forma, me parece indudable que habría de obtener esa precisa carta de ciudadanía de que hoy carece y que es el primer paso para la adquisición definitiva de su primaria conciencia social. ■ N. C.

EL MUNDIAL Y LOS COMPLEJILLOS DE LA RAZA

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

En los campos de fútbol mexicanos se ha producido un portentoso milagro geofísico: todos los equipos que se enfrentaron a Inglaterra jugaron "en casa". La afición mexicana fue, sucesivamente, una afición rumana, una afición brasileña, una afición checoslovaca y una afición alemana. Unos auténticos camaleones los "manitos". Jaleando frenéticamente a estos equipos en sus partidos contra Inglaterra y silbando con no menor entusiasmo a la "pérfida Albión". Un amigo mío que anda un poco despistado en esto del fútbol y se asomó un momento a la televisión a ver el Inglaterra-Alemania, creyó que el partido se estaba jugando en Hamburgo. México se descubrió a sí mismo entrañables lazos de amistad con Checoslovaquia y Rumania, y si un equipo de guardias rojos de Mao Tse Tung hubiese jugado allí contra Inglaterra, el público mexicano habría recobrado bruscamente los fervores revolucionarios de Pancho Villa para aclamar a los chinos y llenar los graderíos de retratos de Mao Tse Tung.

Este curioso fenómeno sociodeportivo debe tener su explicación, digo yo. Ahi va una, por si vale, y sin pretender que sea la única.

La "pérfida Albión" era, en efecto, culpable. Era culpable de haber ganado merecidamente el Mundial de 1966 en Wembley. Digo merecidamente porque aquel verano estuvo clarísimo para todo el mundo que no tuviera telarañas en los ojos —en los ojos y en el alma— que el equipo inglés era el mejor equipo del mundo en aquel momento. Lógicamente, en sociedades mentalmente sanas se habría recibido a los campeones del mundo con una gran ovación, que estaría tanto más justificada cuanto que los futbolistas ingleses, por encima y por debajo de todas las irregularidades arbitrales, salvaron aquel año el honor del fútbol como deporte, frente al pobre y en algunos casos bochornoso espectáculo que ofrecieron los equipos hispanoparlantes. Me parece clarísimo, por ello, que el aficionado al fútbol tenía una deuda de gratitud hacia los deportistas ingleses y que éstos deberían haber sido recibidos con una clamorosa ovación en México. Y si esto era mucho pedir —que, efectivamente, era mucho pedir—, lo menos que podía hacer el público hispanoamericano era callarse.

Lo demás —los silbidos, los abucheos, la hostilidad sistemática— demuestra lo que demuestran: los tristes complejillos de la raza y, tal vez, las razones profundas de su subdesarrollo, el económico y el otro.

Inglaterra ha perdido el Mundial 1970 tan merecidamente como había ganado el de 1966. No ha sido esta vez el mejor equipo del mundo. Por otra parte, si hubiera renovado su título en semejante ambiente, y jugando a mediodía y bajo un sol de fuego, habría que erigir un monumento a cada jugador inglés.

También México perdió el Mundial. No me refiero al equipo, que hizo lo que pudo y quedó como un hombre, sino a México-público, a México-sociedad deportiva y humana. Y no estaría demás que la F.I.F.A., con vistas a la atribución de la sede de los próximos Mundiales, nombrara una comisión especial para determinar cuáles son los públicos que han alcanzado un grado de civilización suficiente para ser espectadores de un evento de esta naturaleza.

Uno sería el primero en celebrar que estos observadores internacionales llegaran a la conclusión de que el público español está perfectamente capacitado para ello.